

JOSÉ ANTONIO GIL

LA CHOLA  
Y LOS  
MARISCALES

Grupo Editorial



6<sup>ta</sup> EDICIÓN



## INTRODUCCIÓN

Yo, Valeria Del Valle Quiroga, dejo constancia que este libro no es de mi creación. Siendo la autora la señora Doña Francisca Del Valle —Carajo soy chola, “La Chola Bandida”— decía, y así se hacía llamar.

Sin embargo, queriendo que los documentos escritos por tan singular personaje, encontrados por casualidad en el depósito de la casa que heredaron mis abuelos, de sus abuelos, quienes a su vez la heredaron de sus padres en el pueblo colonial de Tarata, Cochabamba, Bolivia, sean del conocimiento del mundo, me he permitido recopilar con la mayor veracidad posible, empleando un lenguaje sencillo, como sencilla era su autora. A veces no el más correcto, sí el de mayor comprensión dentro de mis propias limitaciones.

Los documentos recopilados no siempre estaban en orden cronológico, ni eran legibles por el paso de los ciento treinta años que estuvieron mal guardados. Así mismo, las partes que estaban en quechua castellanizada, considerando que en esos años ese idioma no tenía lenguaje escrito oficial, están traducidas de acuerdo a mi entendimiento, a excepción de algunas palabras y párrafos que por su riqueza he mantenido tal cual estaban manuscritos, tratando que el lector que no conoce el idioma o los modismos, pueda entenderlos sin perder su encanto.

El documento original será obsequiado a los Archivos Nacionales de Bolivia para aquellos que deseen revisarlos.

Mediante esta recopilación rindo mi homenaje a las mujeres de pollera, tipoy o vestidos de marca europea. A las heroicas

rabonas de todas las épocas y todos los ejércitos, en la persona de la “Chola Bandida”, Doña Francisca Del Valle y a los combatientes de la libertad de todos los rangos, desde el heroico soldado raso, hasta los mariscales.

Con esta introducción, transcribo el documento prometido.

## CAPÍTULO I

Soy Francisca Del Valle. Creo que aurita tengo sesenta y pico de años, redondearemos a sesenta y cinco, no estoy segura, porque cuando aprendí a conocer los números de los años, ya no era muy niña y mis papás no estaban conmigo. De lo que estoy segura es que ya soy muy vieja, por eso es que puedo escribir todo lo que yo quiera y nadie me puede decir nada. Mis generales que fueron mariscales y mi Teniente que llego a Coronel me dio dos hijos y “dos más”, uno casi es Presidente, todos se han muerto, no mis hijos, los otros señores, los generales. Claro, yo los conocí viejos, tenían casi treinta años..., creo. El más joven era el José Ballivián. Pero más joven era mi Teniente, decía que tenía veinte, pero también era viejote nomás.

Si alguien lee lo que estoy escribiendo quiero que sepan que solo estoy poniendo en letras lo que ei mirado, lo que ei escuchado, lo que me han contado. Pero no vayan a creer que todo es mío, ni se me ocurrieron aurita. También hay cosas que escribí cuando era jovencita, otras son de mi Teniente porque él llegaba y escribía. Él se iba en la mañana y yo me copiaba como tarea que él me daba. Luego yo escribía lo que vivía, lo que pasaba a mi alrededor, a mi manera, bajo mi propia mirada. Las hojas me lo guardaba para mostrar a las gentes que yo sabía pensar y escribir, porque no me creían. El Teniente era mi profesor de hablar, de escribir y de leer y también era el profesor del coronel Ojos Azules que llegó a Mariscal y aprendió quechua porque yo le enseñé.

No sé nada de escribir, pero sé de vivir, porque he vivido harto en las guerras, en las grandes casas y en mi pequeño rancho. Mi Teniente, cuando ha sido Capitán se ha casado con una chotita

bien bonita y educada, pero nunca pudo dejar mis polleras. Me hizo casa para que viva con sus hijos y nunca dejó de venir a hacer travesuras conmigo, hasta que después nos hemos vivido sin hacer daño a nadie, pero no lo he podido cuidar y también se me ha muerto. De todo eso quiero contar. De lo que ellos han sido y vivido. He querido escribir cuando se ha sabido que se ha muerto el ultimito, el mariscal Ojos Azules. Quiero escribir para calmar la pena que me da de lo mal que los han tratado y todos se han difunteado, olvidados, con tristeza en el corazón, lejos de la tierra que amaban. Menos mi Mariscal doña Juana, olvidada sí, pero en sus pagos.

No sé cómo debería empezar a contar. Pero lo que nunca he podido olvidar es la última vez que lo vi al Jefe, a nuestro Jefe, al gran jefe de todititos. Yo me lloré y me lloré, y eso es lo primerito que quiero escribir antes que me vaya a olvidar ahora que estoy emocionada recordando.

Pero no quiero estar triste porque deseo contar también las cosas que nadie sabe, porque parece que a nadie le interesan. Esas cosas se refieren a lo machotas que hemos sido las mujeres, las indias, las cholitas y también “algunitas” otras de vestido. Hemos alimentado, curado, vestido, consolado, amado, acompañado y defendido a nuestros soldados. ¿Oh cómo creen que comían y dónde? ¿Quién los curaba? Nadie sabe o no quieren saber que miles de mujeres llevábamos nuestras tiendas, carpas en la espalda, con todos los alimentos. En el pecho lloraban nuestros hijitos. Subíamos, bajábamos cerros, cruzábamos ríos, desiertos, montes, siguiendo a los soldados. En nuestras manos las ollas y en nuestros ojos surcaban lágrimas de dolor. De nuestras bocas no salían quejas y los llantos se morían dentro nuestros pechos, para que los labios puedan sonreír cuando llegábamos al campamento y atendíamos a nuestros soldados.

Solo nos veían llorar cuando después del combate invadíamos el campo de batalla a recoger a nuestros amores que no regresaban y con nuestras manos sangrando teníamos que enterrarlos, y a veces a uno, a dos, a tres que eran nuestros hijos, nuestros maridos, novios, amantes les dicen ahora, que a veces era más de uno. De eso también quiero contar, de repente les puede interesar.

Si alguna vez, ya pasado el tiempo leen, no nos juzguen ni a nosotras las mujeres, ni a los soldados, ni siquiera al enemigo. Hay que vivir los hechos, los momentos, para poder saber si lo que pasó estuvo bien o mal.

Estoy hablando mucho, así que voy a pasar a contarles las cosas que pasaron mientras yo era “La Chola Bandida”. Porque ahora, solo me llaman... doña Francisca.

Tengo miedo que por uno u otro motivo no llegue a terminar lo que quiero escribir. Porque las mujeres no tienen derecho a aprender a escribir ni leer, y peor si se les ocurre escribir como a mí: “Memorias olvidadas”.

Aunque nunca nadie lea lo que voy a escribir, quiero que todos sepan que un extranjero, desconocido, le rindió uno de los homenajes que más mejor me han parecido, hechos a un hombre que se estaba muriendo, estando vivo.

Yo y mi Teniente, que ya era Coronel, seguíamos de lejos a los marineros de Inglaterra que se lo estaban llevando a nuestro Jefe protegiéndolo para que los traidores no lo maten. Todavía era casi noche cuando de un de repente, se han escuchado cañonazos en el puerto de Yslay. Segurito se han escuchado hasta Mollendo, Matarani, dicen que se escucharon en Arequipa, todo en el Perú.



Nosotros también nos hemos asustado, no sabíamos que pasaba. Cuando preguntamos nos dijeron: *Los cañonazos los realiza el barco inglés "Samarang". Es el homenaje a un gran hombre el día de su desgracia.*

Mi Teniente también escribió sobre lo mismo y yo me copie, decía así: *Esa madrugada en la cual, el sol empezaba a pintar de colores la tierra, nuestras almas se oscurecían de pena. El Gran Mariscal caminaba sereno pero demacrado, se lo veía más delgado que nunca. En los dos últimos días se envejeció mucho. Tenía huellas de una terrible noche de desvelo. Con heridas profundas que le desangraban el alma. Llevaba en el corazón y la mente, una pregunta que más parecía un puñal que desgarraba su espíritu. — ¿Por qué no he muerto en Yungay, por qué?— Pregunta que no encontrara respuesta hasta el último día de su existencia.*

*Aquel hombre que camina escoltado, protegido por un apreciable número de rubios marineros ingleses que transitan los maderos del puente que une la tierra con el barco. Es el mismo que fuera al igual que sus antepasados el más poderoso y temido de la América mestiza y libre. Él era "El último Inca del Perú". A este hombre, no lo sostenía de pie, ni su osamenta, ni sus músculos. Estaba erguido por su orgullo, su fría, clara, creadora e impasible, luminosa mente.*

*El homenaje del marino Broughton, capitán de barco extranjero, es al indio, al cholo, al insigne y más grande de los mestizos. Al ex Presidente del Perú, al Presidente de Bolivia. Al pacificador del Perú. Al jefe supremo. Al Protector de la Confederación Perú Boliviana. Pero sobre todo al hombre. A mi General Gran Mariscal de Zepita, Andrés de Santa Cruz y Calabumana.*

*Cuando al Capitán inglés le preguntan, porqué de esos honores. El hombre responde:*

***“¿Es el homenaje a la grandeza en la adversidad!”***

Luego el barco zarpó rumbo al Ecuador, a Guayaquil.

Ahora ya saben por qué soy una maricona y ese día, como me está pasando auritita, me ei llorado y me ei llorado tanto. Mi Teniente también se ha llorado, aunque no quería que nadie lo mire.





*"El Repase", óleo de Raquín Muñiz. Museo del Ejército del Perú*

Francisca Del Valle "La Chola Bandida", mujer símbolo de heroísmo, picardía, sacrificio, belleza, nos deleita con sus relatos sobre guerras y amores al lado de los grandes mariscales, en tiempo de la independencia en el Bajo y Alto Perú y las primeras décadas de la república de Bolivia y el Perú. Sus memorias, olvidadas por la historia, nos recuerdan el valor de la legendaria mujer, la "rabona", amante, madre, soldado.

Napoleón Bonaparte decía: "Los ejércitos marchan sobre sus estómagos".

"La Chola Bandida" indicaba: "Nosotras, somos el estómago, el hospital y el remanso de amor, del ejército en campaña".

ISBN: 978-99974-76-67-8



9 789997 476678

*"Leer esta novela es vivir una aventura de historias olvidadas, pasión, guerras y picardía. Es existir en el tiempo."*

*Anahi Gil*